

TOMO I

H O M E N A J E

*Luis Jaime Cisneros*

## Capítulo 32



Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Homenaje Luis Jaime Cisneros  
Tomo I

Editor: Eduardo Hopkins Rodríguez

Diseño de carátula: Giselle Scheuch

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica  
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima  
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa rústica:  
9972-42-473-1  
Tomo I: 9972-42-474-X  
D.L. 1501052002 2422

Obra Completa tapa dura:  
9972-42-476-6  
Tomo I: 9972-42-477-4  
D.L. 1501052002 2421

Primera edición: julio de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier  
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

# Ramón Rojas y Cañas, un costumbrista olvidado

Jorge Cornejo Polar  
*Academia Peruana de la Lengua*

## 1. Costumbrismo y costumbrismos

Es ACONSEJABLE QUE TODO ESTUDIO sobre el tema del costumbrismo literario se plantee como cuestión previa indispensable el esclarecimiento de las diferencias entre costumbrismo en general y Costumbrismo (preferible el uso de mayúscula), en sentido estricto. En el primer caso, el término comprende todas aquellas obras que de un modo u otro presentan las costumbres típicas de un país, región o ciudad, aunque no sea esta descripción de usos familiares o sociales su principal propósito. Como es fácil comprender, con este laxo criterio innumerables obras de la literatura universal, pasada y presente, pueden merecer el calificativo de costumbristas. Pero hay también un Costumbrismo en sentido propio, cuyo rasgo distintivo es la invención y empleo sistemático de la forma literaria que se denomina «cuadro o artículo de costumbres» (texto breve en prosa que, en tono, por lo general festivo, pinta —y con frecuencia crítica— determinados modos de comportamiento o situaciones de la vida social, a la vez que se retrata a personajes representativos de tales hábitos o circunstancias). Es requisito esencial que todos estos elementos pertenezcan al presente del escritor, al mundo social en que vive.

Ahora bien, la crítica especializada ha establecido hace mucho que, sin olvidar el antecedente cercano que significa la obra de los escritores ingleses Joseph Addison (1672-1719) y Richard Steele (1672-1729), cabe afirmar que el cuadro o artículo de costumbres ya definido en sus caracteres esenciales, nace en Francia a fines del siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX. Son sus creadores principales Louis-Sebastien Mercier (1740-1814), autor de *Le tableau de Paris* (1781-1788) y *Le nouveau Paris* (1799), y Victor Joseph Etienne (1764-1840), a quien se le conoce más por su seudónimo Jouy o de Jouy, autor de una obra tan leída e influyente entonces, cuanto olvidada hoy: *L' ermite de la chausee d' Antin* (1814-1818).

Los estímulos provenientes de Francia fueron rápidamente procesados en España por numerosos costumbristas entre los que debe mencionarse como los más importantes, en lo que se refiere al artículo de costumbres, a Serafín Estébanez Calderón (1799-1837), Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882) y Mariano José de Larra (1809-1837). De acuerdo con lo expuesto, debe quedar claramente establecido que el Costumbrismo es un movimiento que se origina en Francia entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

## 2. El Costumbrismo en Hispanoamérica y el Perú

Bebiendo de las fuentes europeas, citadas en mayor o menor proporción según los casos, pero también como consecuencia de su inserción en una circunstancia social e histórica (el paso del sistema colonial al régimen de independencia) que favorecía la revisión y crítica de las costumbres y estimulaba la búsqueda de la propia expresión, la gran mayoría de escritores hispanoamericanos entre los años veinte y cincuenta del siglo XIX, optaron por el Costumbrismo, tanto en su modalidad principal, de artículo o cuadro de costumbres, cuanto en las formas complementarias de la comedia costumbrista o la letrilla.

El Costumbrismo se desarrolló especialmente en México, Colombia, Cuba y Venezuela, países en los que no solo abundaron los escritores costumbristas, sino que existieron numerosas publicaciones periódicas de costumbres e incluso se imprimieron volúmenes colectivos. En el Perú, la actividad literaria costumbrista, aunque menor en número de autores y obras, fue significativa tanto en la serie literaria cuanto en el proceso histórico-social, y está representada en lo fundamental por seis escritores: Manuel Ascencio Segura (1805-1871), Felipe Pardo y Aliaga (1806-1868), Narciso Aréstegui (1818-1869), Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889), Ramón Rojas y Cañas (1830-1881) y Abelardo Gamarra (1852-1924).

Naturalmente que es posible rastrear antecedentes costumbristas (en el sentido amplio) en la Colonia y en los primeros años de la República: Mateo Rosas de Oquendo, Juan del Valle Caviedes, Fray Francisco del Castillo, (El Ciego de La Merced), Alonso Carrió de la Vandera, Esteban de Terralla y Landa, José Joaquín de Larriiva, serían, así, los precursores. Pero estos escritores no hacen artículos o cuadros, por lo que constituyen lo que se podría denominar la prehistoria de nuestro Costumbrismo. Por otra parte, escritores coetáneos a los costumbristas

propriadamente dichos, escriben textos en cierto modo afines como las tradiciones de Ricardo Palma, pero lo cierto es que el Costumbrismo peruano se encarna básicamente en los seis autores citados.

El Costumbrismo peruano, como ocurrió por lo general en el resto de Hispanoamérica, significó el descubrimiento de la realidad social circundante como materia literaria. Fue, pues, una escuela de realismo que habitó por igual a creadores y lectores en el trato con la realidad y en cuanto manejaba historias, personajes, lugares, situaciones, diálogos y descripciones, se constituyó en antecedente de la novela y el cuento (de hecho, las novelas peruanas de la segunda mitad del siglo XIX son todas novelas de costumbres). Pero, además, y desde un punto de vista más amplio, nuestro Costumbrismo hace parte de la tendencia no organizada ni sistemática pero actuante que, luego de la emancipación política, pretende la independencia literaria a través de la búsqueda de nuestra propia expresión, a la vez que se inscribe en el complejo proceso social que busca afirmar la identidad nacional y contribuir a la consolidación de la joven república. Nuestras costumbres, ha dicho con acierto Carlos Monsivais, «son la primera utopía que inadvertidamente habitamos, el molde imprescindible para averiguar nuestra identidad y vislumbrar nuestro porvenir».<sup>1</sup>

En general, el Costumbrismo peruano se halla insuficientemente estudiado por la crítica, pero Ramón Rojas y Cañas lo está aun menos. A fines del siglo XX, es decir, a ciento veinte años de su muerte, solo puede mencionarse dos textos críticos que le están dedicados. Uno es el capítulo VII del libro de Maida Watson *El cuadro de costumbres en el Perú décimonónico* y el otro es el artículo de Roy Tanner «Museo de limeñadas: libro de costumbres y prefiguración de las Tradiciones peruanas», (ambos estudios se citan en la bibliografía). No se menciona, en ninguna de las dos historias canónicas de la literatura peruana, las de Luis Alberto Sánchez y Augusto Tamayo Vargas, no figura tampoco en la muy completa *Enciclopedia ilustrada del Perú* de Alberto Tauro. En cambio, Ventura García Calderón lo considera en el tomo 9, («Costumbristas y satíricos») de la *Biblioteca de Cultura Peruana* que dirigiera en 1938. Figuran allí siete textos tomados del *Museo de limeñadas*, que van precedidos de una nota que por su pertinencia transcribimos en parte:

---

<sup>1</sup> MONSIVAIS, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: Era, 1980, p. 348.

Escasa suerte literaria ha tenido este escritor «un tanto desaliñado» como observaba ya Palma, pero costumbrista y satírico de aguda vena [...].

Sin que alcance este escritor la gracia de Palma, puede considerársele, sin embargo, como su precursor en el análisis minucioso y socarrón de la realidad limeña a mediados del siglo XIX.

Como Don Ricardo, pudo asistir a las postrimerías de una Lima típica y todavía colonial, en vísperas de extinguirse [...]. El espectáculo es todavía extraordinario [...]. Esta realidad que le sorprende y le divierte, le parece prestarse cabalmente a «escribir un libro de costumbres raras y chocantes». Si todo no fue logrado en su intento, quedan por lo menos, algunas páginas de delicioso costumbrismo y merece nueva edición su olvidado libro.

### 3. Ramón Rojas y Cañas

#### 3.1 Apuntes biográficos

Para trazar el itinerario de la vida de Rojas y Cañas hemos manejado principalmente las siguientes fuentes: las referencias autobiográficas contenidas en el *Museo de limeñadas*, las dos entradas con que figura en la *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú* de Carlos Milla Batres (1994), y las numerosas referencias que se le dedican en el libro de Oswaldo Holguín sobre Palma.<sup>2</sup>

Nació en Lima en 1830 y murió en la misma ciudad en 1881. Escritor y periodista por vocación, su profesión fue, sin embargo, militar (algo similar a lo que ocurría con otro costumbrista, Narciso Aréstegui), habiendo alcanzado el grado de Mayor. En su libro de costumbres, Rojas, al parecer no contento con su pertenencia al ejército, reclama con vehemencia un puesto público, un «destino» como entonces se decía, pero al hacerlo no olvida dar como uno de sus argumentos que ha servido «a la Nación por cinco años, concurriendo a lances guerreros».

Vale la pena detenerse por un momento en este curioso alegato para justificar su derecho a un puesto público. Transcribimos el pá-

---

<sup>2</sup> HOLGUÍN CALLO, Oswaldo. *Tiempos de infancia y bohemia Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

rrafo pertinente que corresponde al artículo «Lima es madrastra de los limeños»:

Que yo, siendo limeño, desatendido por el gobierno de mi patria. que es mi patria misma, desatendido sin motivo o causa alguna: lejos de eso cuando merezco que se me proteja y atienda. ¿Por qué? Porque siendo peruano tengo derecho a optar un destino en el Estado.— ¿Por qué? Porque he servido a la Nación por espacio de cinco años, concurriendo a lances guerreros [...]. ¿Por qué más? Porque poseo una honradez tan notoria como demostrable, y sobre todo; porque tengo la suficiente capacidad para desempeñar el cargo que se me confiara, pudiendo más tarde ser de utilidad a mi patria. No me alabo [...]. Me hago justicia.

Este tono perentorio y esta autosuficiencia en un muchacho de veintitrés años que, por su misma corta edad, no podía tener tantos méritos como alegaba, resulta algo chocante y puede ser compatible con cierta vanidad y ensoberbecimiento, que se percibe en otros lugares del libro. Por ejemplo, en el Contra-prólogo, donde se lee: «Cuando el que escribe tiene la deliciosa satisfacción de enumerar tantos amigos, de ser conocido por casi toda la sociedad de su país de la que se conceptúa como un vástago de familia [...]». Mi tesis es que en el contraste entre sus pretensiones y lo que la realidad le ofrecía, en el choque entre sus aspiraciones y la vida que se veía forzado a llevar, en su disconformidad con el mundo peruano, podría encontrarse la raíz profunda de su crítica de costumbres, la fuente originaria de la sátira a veces hiriente que recorre sus páginas. Y también la causa de lo que Oswaldo Holguín califica como «el hondo malestar social» que aquejaba a Rojas y Cañas.

Lo que parece fuera de toda duda es que Rojas se dedicó con igual ahínco al periodismo y a la literatura de costumbres. Colaborador constante de «El Comercio», dirigió también «El Correo de Lima» y fue redactor de «La Voz del Pueblo», hoja de la oposición a Echenique.

Un aspecto importante de la biografía de nuestro escritor es el que tiene que ver con su relación con Ricardo Palma y su pertenencia o no al grupo que el tradicionalista bautizó como «la bohemia». En cuanto a la amistad con Palma —quien era solo tres años menor— hay muchas evidencias. Holguín, en su excelente estudio biográfico de los primeros treinta años de la vida de Palma, de 1994, ofrece al respecto un

rico material. Así, en la página 163 afirma: «No debe omitirse del entorno amical palmino a dos personajes del mundo periodístico y literario que manejaban la pluma con maestría cuando escribían artículos costumbristas y satíricos». Uno de ellos es precisamente, Rojas y Cañas con quien, se dice, Palma «compartía muchos valores y aspiraciones [...] [Rojas] era un verdadero compinche de Palma hacia 1855 y ambos, en unión de otros camaradas, realizaban tareas conjuntas de crítica teatral».

Si esto es así no es fácil de entender las razones por las que Palma no menciona a Rojas en la larga y seguramente muy pensada enumeración de miembros de «la bohemia» (es decir, de su generación literaria), que es una sección clave de *La bohemia de mi tiempo* y en la que figuran incluso personas de casi inexistente relación con la literatura. ¿Hubo tal vez un distanciamiento con Rojas? ¿O tenía Palma conciencia de que en el *Museo de limeñadas* podían encontrarse algunos antecedentes de sus tradiciones que le disgustaba reconocer? Imposible saberlo con seguridad. En todo caso, y bastantes páginas después de su nómina canónica de la generación, Palma se refiere a Rojas de modo un poco tangencial, ya que hablando del escritor Juan de los Heros, dice que este, después de Segura y Ramón Rojas y Cañas, [era] «el limeño de más sal criolla que he conocido». Y al pie de página coloca en la segunda edición de *La bohemia de mi tiempo* (1899), entre otras, una nota en que se lee: «Rojas y Cañas fue periodista y escritor de costumbres. Su estilo, un tanto desaliñado, era chispeante y con frecuencia caústico. El más notable de sus opúsculos es el *Museo de limeñadas*, 200 páginas en 8°, publicado en 1853. Murió en 1881». Parece, pues, que muchos años después de escrito y publicado el texto original (1887), Palma quiso reparar lo injusto de su olvido. Obsérvese, sin embargo, que califica al libro de Rojas y Cañas como opúsculo, es decir, obra literaria de poca extensión, a pesar de que le acababa de asignar (equivocadamente porque tiene 128), 200 páginas.

También es interesante recordar la amistad de Rojas y Cañas con Manuel Ascencio Segura, quien, nacido en 1805, era mayor en muchos años. La explicación para esta relación se encuentra en la literatura. Rojas admiraba a Segura, especialmente como comediógrafo de costumbres, y este se sentía amicalmente agradecido. Hay un episodio en el que Segura agradece a Rojas por una crítica sobre el estreno de *Nadie me la pega* (22 de octubre de 1855), aparecida en *El Comercio*. Y en su carta de agradecimiento (23 del mismo mes), Segura no solo hace interesantes reflexiones sobre la literatura costumbrista, sino que



consigna varios juicios sobre su joven admirador. Se transcribe a continuación parcialmente la carta en cuestión:

Sin pretensiones literarias de ninguna clase y sin esperar recompensas como escritor dramático, la única idea que ha impulsado mi trabajo, desde que emprendí tan difícil como espinosa carrera, ha sido la de estimular a los jóvenes de talento como usted para que con más acierto que yo se dediquen a una rama de la literatura que aunque no proporciona lucro personal entre nosotros, puede refluir, sin embargo, en lustre y honra de nuestra querida patria. Usted que estudia tan detenidamente nuestras costumbres y que se ha propuesto corregir sus vicios por medio de artículos de periódico, está llamado a desempeñar también esta misión animando su crítica en la escena, para lo cual tiene usted inteligencia, gusto y, además, la fortaleza de alma necesaria para despreciar las hablillas de la gente retrógrada e ignorante. Esto mismo he tenido la satisfacción de decir a usted verbalmente y se lo repito ahora con la mejor intención, pues sintiéndome incapaz de proseguir escribiendo para el teatro por la pobreza de mi ingenio, me sería extremadamente sensible que nuestros malos hábitos no se expusiesen al menos inmediatamente con toda su fealdad, para que se fuesen poco a poco corrigiendo, a lo que se presta con docilidad nuestra índole apacible.

Algunos comentarios a esta carta no deja dudas en primer lugar, sobre la muy cordial relación que existía entre ambos escritores, así como sobre la buena opinión que Segura tenía de Rojas y de sus dotes literarias. Es importante anotar también la vinculación entre obra teatral y artículo de costumbres que descubría Segura: la comedia permite a los escritores «animar su crítica en la escena» dándole, se supone, mayor eficacia. En este sentido, cabe recordar que también para Pardo y Aliaga la comedia y el artículo de costumbres venían a ser como las dos caras de una misma moneda. En el prólogo a «El Espejo de mi Tierra» sostiene Pardo que los artículos son «como escenas de teatro en narración». A pesar de estas ideas, Pardo escribió un par de artículos, («Un viaje» y «El paseo de Amancaes») que son auténticas joyas y Segura, a su turno, escribió más de medio centenar de artículos, a la vez que seguía haciendo teatro. Acotaremos, por otro lado, que los consejos de Segura para que Rojas anime su crítica en la escena no fueron seguidos. En efecto, no hay noticia de ninguna pieza teatral del autor del *Museo de limeñadas*. Subrayamos, finalmente, que fieles al credo de la mayoría de costumbristas, Segura y Rojas y Cañas esta-

ban convencidos de que a esta modalidad literaria correspondían tanto la descripción cuanto la censura de las costumbres.

Poco más puede decirse de la biografía de Rojas y Cañas salvo que continuó escribiendo en periódicos y que publicó otros dos libros sobre temas ajenos a la literatura: *Vicios y virtudes del Gran Mariscal Castilla* (Lima, 1874) y *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880). Tradicionalmente, aunque sin prueba cierta, se le viene atribuyendo *Serenata al Murciélago con motivo de su corona fúnebre. Réplica escrita por Ño Pajuelita, spartite literario, con acompañamiento de verdades, coro de razones y orquesta de argumentos innegables* (Lima, 1867). Así, pues, su producción literaria consiste en *Museo de limeñadas* (1853) y en los artículos de costumbres no recogidos en libro.

### 3.2. El Museo de limeñadas

#### 3.2.1. Descripción

En la carátula del libro se lee *MUSEO DE LIMEÑADAS. Colección de cuadros de COSTUMBRES. Obra ilustrada escrita en Lima por Ramón Rojas y Cañas, LIMA 1853, Imprenta de Justo Montoya*. Está impreso en 8º y tiene 128 páginas, más siete ilustraciones debidas al hermano del autor. El libro se inicia con cuatro textos: Prólogo, Vice-prólogo, Sub-prólogo y Contra-prólogo. Vienen a continuación veinticuatro artículos de costumbres de diversa extensión. Los más cortos están agrupados en una sección titulada «Ranfañote».

Con *Museo de limeñadas* se cumple una vez más el triste destino que parece perseguir a muchas obras a lo largo de nuestra historia literaria. Es decir, se ha convertido, a ciento cincuenta años de su publicación, en un libro de muy difícil consulta para el crítico y de imposible lectura para el simple interesado. En la Biblioteca Pedro Benvenuto Murrieta de la Universidad del Pacífico, por citar un caso, existe un ejemplar, pero le faltan páginas. Ante esta situación hemos preferido trabajar con una copia fotostática completa del libro que nos ha sido facilitada por el Profesor Roy Tanner de Truman University, en gesto cordial que agradecemos.

#### 3.2.2. El título

El título *Museo de limeñadas* encierra, a nuestro entender, una bisemia. En el contexto del libro, *limeñada* significa, por cierto, costumbre típica de Lima que al autor le parece censurable o de mal gusto, por lo que debe suprimirse o corregirse. Pero también puede entenderse la

limeñada como una manifestación original del genio limeño, como una seña de identidad que debe preservarse. De tal modo que el título *Museo de limeñadas* alude, a la vez, a un muestrario de hábitos groseros, torpes, desagradables o, en algún caso, colección de costumbres peculiares que definen la personalidad de la ciudad y sus habitantes. En este sentido, se usa el vocablo cuando se dice que «la saya y manto» es la única «limeñada» que debe conservarse.

### 3.2.3. *Los prólogos*

De manera muy original, Rojas y Cañas abre su libro con los cuatro prólogos nombrados más arriba. La razón esgrimida es que así los lectores, aunque sea por curiosidad, leerán los cuatro prólogos, cosa que presumiblemente no harían si se les ofrecía un texto prologal demasiado extenso.

En el Prólogo se describe al libro como «almácigo de costumbres» y se le ofrece al lector «verdad, sencillez y naturalidad de los cuadros», algunos de los cuales «pueden contener más mérito del que a mí me es dado reconocerles». Pero esta no es cuestión que le ataña: es el pueblo, ese formidable Aristarco al que le está reservado emitir la «inexorable sentencia». La sorpresa viene cuando el autor confiesa: «No la vanidad de conceptuarme un escritor; no el deseo de la fama [...] me obligan a sentar plaza de publicista. Es la necesidad, es el deseo de procurarme algún dinero [...]. ¡Escribo para vivir, escribo por necesidad, escribo por ganar un poco de dinero, a falta de otro método de ganarlo!».

Habida cuenta lo magro de los ingresos que podría conseguir por publicar libros o artículos de costumbres, la explicación de Rojas y Cañas parece en verdad parte de la estrategia ideada para conseguir que el lector lea en su totalidad las cuatro estancias prologales. Llama la atención, eso sí, que su argumentación no haya tomado el rumbo previsible del tópico: los escritores no pueden vivir de la literatura, sino, precisamente, la dirección inversa: el escritor cree que puede vivir de la literatura.

El Vice-prólogo podría describirse como un memorial de agravios que el autor formula contra el público de Lima, «cuyos habitantes son tan aficionados a la punzante crítica» que se hace aun más dura cuando el escritor es nacional. Rojas denuncia también la creencia generalizada de que un hijo del país no puede producir nada bueno. Todo ello va de la mano con el crédito que se concede al extranjero: «El extranjerismo es en Lima el único preservativo contra la crítica». Cabe

comentar que las quejas contra el comportamiento del público lector son habituales en costumbristas nacionales y extranjeros.

El Sub-prólogo es el más interesante desde el punto de vista literario de estos breves textos liminares. Comienza por plantear un tema fundamental para cualquier escritor: el desfase entre las ideas o temas concebidos y la forma en que ellos se convierten en escritura. Dice Rojas que al momento de imaginar y preparar su libro «había algunas regulares ideas» pero que le ha «fallado el estilo para desarrollarlas». La constatación de la carencia de estilo no lo sume, sin embargo, en la lamentación, sino que inesperadamente se convierte en factor positivo, en motivo de cierto orgullo: «No tengo, pues, estilo, o por mejor decir, tengo mi estilo peculiar, característico, exclusivo. Tengo un estilo particular sin el cual, tal vez, mis artículos serían más sosos que un mal potaje de calabaza sin sal ni grasa». Sin entrar al tema de cuán logrados sean los cuadros de Rojas, no cabe duda de que acierta al considerar al estilo como el uso personal del lenguaje, como el habla del escritor.

Se pasa luego a la cuestión de si deben acatarse ciertas normas de redacción que otros dictaron y que «solo copiaban sus caprichos, porque solo retrataban esa originalidad especial, y quisieron que los demás la adoptaran como una ley». Rojas dice que «ese mezquino espíritu de imitación me desazona», confundiendo un poco las cosas ya que al principio parece referirse a las normas generales que rigen la literatura y sus géneros cuando en realidad lo que él estaba combatiendo era la imitación de otros autores: «Pero quien puede expresarse de un modo claro, distinto y con ecos que le brotan espontáneamente, ¿por qué ha de someterse a los yugos de una servil imitación?» El Sub-prólogo tiene interés, por último, ya que se cita a dos costumbristas españoles: «Los que me reprochan la falta de estilo, si alguna vez leyese las obras de Larra y Fray Gerundio y se me pegara su estilo o los imitara adrede, serían capaces de decir que yo me tenía por un segundo Larra [...], que quería ser otro Fray Gerundio [...] ¡sabe Dios lo que dirían!»

El Contra-prólogo contiene, principalmente, las excusas del autor por la broma que ha jugado a sus lectores para conseguir que lean la totalidad del prólogo dividido en partes, cosa que difícilmente hubiera logrado si presentaba un solo extenso texto.

### 3.2.4. *Los artículos de costumbres*

Son veinticuatro, según se ha dicho. Nuestro análisis va a pasar revista ordenada a los elementos del discurso narrativo: narrador, mundo representado, personajes, procedimientos, lenguaje y destinatario.

Como ocurre en la mayor parte de artículos costumbristas, también en los de Rojas el narrador es directamente el autor. Es decir, no existe la figura del narrador ficticio, ese personaje inventado cuyo discurso es lo que leen los lectores, sino que se establece una relación directa entre estos y el autor que, por lo tanto, utiliza casi siempre la primera persona del singular.

#### 3.2.4.1. *El mundo representado*

El mundo representado es Lima, especialmente el que conforman los espacios en que vive y se mueve la clase media limeña y se desarrolla su sociabilidad en los mismos años en que Rojas escribe (el tiempo del relato costumbrista es, lo sabemos, el de la actualidad). También, desde luego, las gentes que lo conforman, sus modos de hablar, de vestirse, de comer, su conducta religiosa o festiva. Como es de suponer, tratándose de un libro breve y de solo veinticuatro artículos, no son muchas las costumbres descritas en él. La mayoría merece la burla, la sátira o la crítica del autor, pero hay una sola, el uso de la saya y manto que en opinión de Rojas es digna de elogio y conservación, según se ha dicho ya.

De las costumbres presentadas hay un grupo que tiene que ver con las relaciones entre el público y el escritor de costumbres al que se le suele calificar de «desnaturalizado» por criticar usos de su ciudad, a cuya obra se le niega calidad literaria, y con mayor razón si es limeño, al que se le tilda de ocioso porque no se le ve trabajar en oficinas o tiendas, sin reparar en que la escritura literaria se hace en la tranquilidad del hogar, al que se le acusa de mala intención porque se supone que los personajes de los cuadros son retratos de personas reales, etc.

Otra manera de pensar y actuar puesta en la picota es la relativa a lo extranjero y su papel en la vida limeña. Hay muchos limeños influenciados por ideas y gustos europeos especialmente franceses, y algunos que llegan al ridículo en su afán de utilizar palabras francesas o simular que han olvidado el castellano y las costumbres locales simplemente porque han vivido un tiempo en París. Son los «emparisados», como pintorescamente los llama Rojas. Este tema da origen a uno de los mejores artículos del libro, «Manongo y Matías», que viene precedido de una breve introducción: «El limeño criollo y el

afrancesado». Cabría comentar que la discusión acerca de lo extranjero y los extranjeros era un tópico en el costumbrismo peruano y latinoamericano. En el Perú, bastaría recordar a los afrancesados Don Alejo de la *Ña Catita* de Segura o Quintín de *Una huérfana en Chorrillos* de Pardo. Podría pensarse incluso que ahí están los modelos del Matías de Rojas (aunque la comedia de Pardo no se había estrenado entonces, pero Rojas podría haber tenido noticias de ella).

Hay dos grupos sociales específicos maltratados por Rojas: los médicos (los malos médicos), en el artículo «Los médicos de Lima», en el que parece revivir el Caviedes enemigo jurado de los médicos, y los sacerdotes (los malos sacerdotes), en los artículos «Las mesas religiosas» y «Sotanas en Lima», en los que se censura el aprovechamiento de la religión popular para conseguir beneficios económicos, o se denuncia a los clérigos venales, hipócritas, viciosos.

Para nuestro gusto tienen especial interés aquellos artículos cuyo objetivo es la descripción de costumbres limeñas en sí mismas, más que la crítica (que no desaparece, ciertamente). Me estoy refiriendo específicamente a «Bailes en Palacio» y a «La procesión del encontrón». El primero es una rememoración de las fiestas palaciegas en los finales de la Colonia (se supone). Se describen tales reuniones poniendo énfasis en lo rígido de las convenciones, en lo acartonado de las actitudes, en la visión aristocrática de la sociedad que entonces imperaba. En una segunda instancia, el artículo se transforma en defensa de las ideas republicanas y democráticas y su vigencia en los nuevos bailes de Palacio. Leamos: «Entonces [...] dominaban [...] esas ya sacudidas formas monárquicas, despóticas e inaplicables, a unos seres como nosotros nacidos para ser tan libres como el ave para volar». Pero hoy, que somos república «sinónimo de igualdad y de fraternidad» sería un contrasentido y una contradicción observar las normas de «esos tiempos de dominación y vasallaje». Y más adelante: «Pero entonces, ¿qué cosa más grata que encontrarnos todos juntos, mezclados y abrazados en el salón de baile, como en una tortilla social? Esto es la verdadera libertad».

En «La procesión del encontrón» se describe con poca simpatía pero con mucho realismo y humor esta tradicional procesión en que las imágenes de dos santos amigos, San Francisco y Santo Domingo, se encuentran en la calle y se saludan con venias que pueden convertirse en encontronazos.

El mayor aporte literario de Rojas y Cañas y el rasgo de mayor originalidad que exhibe su obra costumbrista se halla, sin embargo,

en aquellos artículos cuya materia específica es el habla limeña: «Porquerías y adefesios» y «Los disfuerzos». En el primero se ridiculiza el uso impropio dado en Lima a ambos términos, que a través del tiempo han venido siendo sometidos a un no por espontáneo menos efectivo proceso de ampliación de su significado hasta convertirlos en palabras polisémicas. En el segundo, se presenta una serie de animadas y graciosas escenas en que se usa con diversos matices el limeñísimo disfuerzo (vocablo cuya vigencia se mantiene en la actualidad).

Los artículos de Rojas y Cañas incluyen, desde luego, otros muchos peruanismos o limeñismos, reproduciendo en algunos casos hasta la pronunciación con que las gentes de Lima los dicen. Puede afirmarse en suma, que estos textos reproducen con gran fidelidad el habla limeña de mediados del siglo XIX por lo que, aparte de su valor literario, constituyen material de excepcional riqueza para estudios sociolingüísticos.

Como hemos venido comentando, a juicio de Rojas y Cañas hay una sola limeñada que merece conservarse: el uso del atavío femenino llamado la saya y manto. El texto que se le dedica se titula «Una verdad como un templo», y es el que cierra el libro, lo que podría hacer suponer que Rojas le daba especial valor. Luego de una introducción en que se reiteran las críticas a la actitud del público limeño frente a los escritores nacionales, se entra en el tema en el párrafo que por su interés transcribimos *in extenso*:

La única limeñada que debía conservarse es la que parece quieren extinguir más al galope. La saya y manto es una limeñada perfecta, y la cual debería mirarse con cierto respeto, como que es un traje completamente característico del país: como que es un hábito peculiar y el único en el mundo de tan airosa silueta [...]. Como que es también un distintivo criollo, tan gracioso y lleno de cierto misterio indefinible y grato a la vez [...]. Suprimid las máscaras de la encantadora Venecia y quedará una ciudad fría, sin otra animación habitual ni otro goce continuo [...]. Suprimid de Lima la saya y manto y quedará también falta de su más agradable atractivo.

Y ¿por qué está en peligro este símbolo de lo limeño? Rojas le echa la culpa fundamentalmente a la imitación de las modas extranjeras.

Este texto, y el artículo en general, confirman nuestra tesis de la bisemia con que Rojas utiliza la palabra *limeñada*. Confirma también que la obra de Rojas hace parte de la búsqueda de expresión propia,

de la afirmación de identidad en que sin orden ni concierto pero con sinceridad estaban comprometidos muchos escritores hispanoamericanos de las primeras décadas de vida independiente.

#### 3.2.4.2. *Los personajes*

Una regla de oro del Costumbrismo es que sus personajes son tipos representativos de los variados usos que se describen y no retratos de personas determinadas. Pero, dentro de este marco general, los personajes de los cuadros pueden estar contruidos con mayor o menor perfección. Rojas dibujaba con trazos rápidos y a veces algo caricaturescos a sus personajes, pero no llegó a configurar ningún personaje excepcional como el Niño Goyito del artículo: «Un viaje» de Felipe Pardo, o la Ña Catita, de la comedia del mismo nombre de Segura. Probablemente, los que están mejor concebidos y ejecutados sean el criollo Manongo y el afrancesado Matías del artículo «Manongo y Matías».

En cuanto a la extracción social, la mayoría de los personajes de Rojas corresponde a la clase media, aunque también hay gente de las clases populares. Sigue en esto la línea trazada por la mayoría de costumbristas de Hispanoamérica.

#### 3.2.4.3. *La historia*

Como corresponde al género, la trama —cuando la hay— es muy simple y esquemática. Sirve apenas de sustento para la descripción y crítica de costumbres, o de pretexto para la aparición y el discurso de los personajes.

#### 3.2.4.4. *Los procedimientos*

Hemos hablado ya de la descripción de personajes o caracterización. La descripción de espacios urbanos es escasa. Más abundantes y mejor logradas son las descripciones de situaciones, como «Las mesas religiosas» o «La procesión del encontrón». El diálogo es una de las técnicas mejor trabajadas por Rojas. Recordamos de nuevo el caso de «Manongo y Matías» como un buen ejemplo. Pero no siempre los diálogos están desarrollados; con mayor frecuencia son conversaciones breves o fragmentos de diálogos. En todo caso, la presencia frecuente de este recurso testimonia una vez más la cercanía que existe entre el teatro y el cuadro de costumbres, «escena de teatro en narración» como quería Pardo.



### 3.2.4.5. *El lenguaje*

Aparte de la frecuente aparición de limeñismos y de la agilidad con que discurren, el humor es el rasgo principal del lenguaje de Rojas. La comparación graciosa, la imitación del defectuoso hablar de algunos limeños, la hipérbole, son los más reiterados recursos que lo hacen posible.

### 3.2.4.6. *Los destinatarios*

A los escritores costumbristas no les quita el sueño la inmortalidad de su figura, no les preocupa la gloria imperecedera de su obra. Su interés principal y acuciante es la actualidad, su ciudad y sus habitantes, el tejido social del que forman parte. Escriben para sus contemporáneos que son a la vez sus conciudadanos, tal vez sus vecinos; para describir sus costumbres personales, familiares y colectivas, para dibujar sus tipos representativos, para criticar y tratar de corregir aquellos hábitos que les parecen feos, desagradables, negativos. Este deliberado anclaje en el presente más inmediato logra que, andando el tiempo, los textos de los mejores escritores de costumbres adquieran un elevado valor testimonial que permite reconstruir a través de ellos la existencia diaria de ciudades o pueblos del pasado. Se diría que el Costumbrismo es la pequeña historia, la historia de la vida cotidiana, la materia viva que rellena los grandes claros que deja, en sus relatos, la historia oficial, la de los próceres, los estadistas y los héroes, la de las grandes guerras y revoluciones.

En este sentido, Rojas y Cañas no es una excepción. Su público objetivo está formado por los limeños de 1853. A ellos se dirige. A ellos busca divertir, persuadir, a veces irritar.

## 4. Rojas y Cañas y el Costumbrismo en el Perú

El *Museo de limeñadas* aparece en el momento en que la obra de los fundadores del Costumbrismo peruano, Felipe Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura se halla en pleno desarrollo. Pardo ha estrenado en los años treinta sus comedias *Frutos de la educación* y *Don Leocadio y el aniversario de Ayacucho*, ha publicado varias de sus letrillas y sobre todo ha fundado «El Espejo de mi Tierra», periódico de costumbres del que se han publicado, entre septiembre y octubre de 1840, el muy importante Prospecto y Prólogo (en la práctica una especie de declaración de principios o manifiesto del Costumbrismo peruano), y los

números 1 y 2, en los que aparecen los tres únicos artículos de costumbres de Pardo. Publica después algunos textos en periódicos y prepara el tercer número de «El Espejo de mi Tierra», que piensa sacar en 1856, aunque finalmente aparecerá en 1859. Por su parte, Segura es ya una figura conocida en el mundo teatral peruano. Para entonces se han representado varias de sus piezas teatrales, entre ellas las muy conocidas *El Sargento Canuto*, *La saya y el manto*, *Nadie me la pega* y la primera versión de *Ña Catita*; ha fundado también en 1841 «El Cometa», periódico de costumbres en que publica la mayoría de sus artículos y varias de sus letrillas. Otros textos van a aparecer en el periódico «La Bolsa» y en algunas otras publicaciones de corta vida.

De modo tal que se puede suponer con fundamento que Rojas, muy interesado como estaba en la literatura de costumbres, habría asistido a las puestas en escena de todas o algunas de las comedias de Segura, a quien admiraba como sabemos (no pudo asistir a las de Pardo porque una se representó antes de su nacimiento y la otra cuando tenía pocos años de edad). Habría leído también, de seguro, los artículos de costumbres de Segura, por lo menos los más recientes y tal vez habría conocido los de Pardo en algún viejo ejemplar de «El Espejo de mi Tierra», o de oídas. Parece también muy probable que haya conocido *El Padre Horán*, la novela de costumbres cusqueñas, que en 1848 había publicado Narciso Aréstegui en el folletín de «El Comercio» de Lima.

Huella de toda esta información costumbrista se percibe en el libro de Rojas y Cañas, más que en asuntos concretos, en el tono general de sus escritos y en su voluntad de descripción y corrección de las costumbres. Sin embargo, hay algunos casos específicos como el del afrancesado Matías del artículo «Manongo y Matías» muy parecido al Don Alejo de *Ña Catita*, la más celebrada comedia de Segura, y al Quintín de *Una huérfana en Chorrillos* de Pardo, comedia que pudo conocer por referencias, ya que en 1853 no se había representado aún. Huellas más claras de las ideas que Pardo y Aliaga había expuesto en el prólogo a «El Espejo de mi Tierra», especialmente las referidas a la importancia que se asigna al público lector como árbitro que decide el éxito o el fracaso de las obras literarias y las que reiteradamente lamentan o denuncian la hostilidad del público limeño para con los escritores nacionales, pueden descubrirse sin mayor dificultad en el libro de Rojas.

En definitiva puede sostenerse que el conocimiento, así sea parcial, de la obra costumbrista de Segura y Pardo, y la experiencia directa

del prestigio de que ambos escritores disfrutaban, la lectura de las piezas teatrales costumbristas de su amigo Ricardo Palma y de la novela de costumbres de Aréstegui, seguramente, el descubrimiento de los costumbristas españoles (por lo menos Mariano José de Larra y Modesto Lafuente a quienes cita en su libro, aunque también debe haber leído a Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, cuyos artículos solían publicarse en «El Comercio»), fueron los factores que inclinaron la pluma de Rojas y Cañas hacia la práctica del Costumbrismo. A ello debe agregarse que la capacidad de observación, el temperamento inconforme y el gusto por la ironía y la sátira que lo distinguían, componían un buen caldo de cultivo para que fructificase su vocación de escritor de costumbres.

Aunque en general los costumbristas peruanos no fueron aficionados al libro (Pardo y Segura no publicaron ninguno en vida), sino que prefirieron el contacto directo e inmediato con el público que solo el teatro y el periódico podían darles, no deja de sorprender que Rojas y Cañas, que había debutado con ímpetu editando un libro a los veintitrés años, no publicara después otro libro costumbrista en los veintiocho años que van de 1853 hasta su muerte en 1881, aunque sí continuase escribiendo artículos de costumbres y críticas teatrales en la prensa. No siguió tampoco, que se sepa, los consejos de su amigo Manuel Ascencio Segura para que se dedicara a producir para el teatro.

En cuanto a la influencia que pudo tener Rojas y Cañas en los costumbristas coetáneos o posteriores (Aréstegui, Fuentes, Gamarra), es difícil precisarla. Pero tal vez sea en el sector costumbrista de la obra de Manuel Atanasio Fuentes, el Murciélagu, que también fue un gran amante de Lima y un sistemático observador de sus costumbres, donde pueda rastrearse alguna presencia del autor de *Museo de limeñadas*.

En cambio, entre los pocos críticos que han estudiado la obra de Rojas y Cañas hay coincidencia en señalar algún influjo del autor de *Museo de limeñadas* sobre el Ricardo Palma de las *Tradiciones peruanas*. Más arriba hemos transcrito la opinión en este sentido de Ventura García Calderón. Y un distinguido palmista contemporáneo, el profesor Roy Tanner, no vacila en calificar al libro de Rojas y Cañas como «una prefiguración» de la obra principal de Palma.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> TANNER, ROY. «*Museo de limeñadas*: libro de costumbres y prefiguración de las *Tradiciones peruanas*». *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma*, año 1, n.º 1, 2000, pp. 65-83.

En relación a este asunto, no cabe dudar de la cercanía amistosa que existió entre ambos escritores a pesar de la inexplicable omisión del nombre de Rojas en la enumeración que hace Palma de los integrantes de «la bohemia» (salvada de algún modo en una nota a pie de página). También parece claro que la segunda comedia de Palma, *Criollos y afrancesados*, estrenada en 1857, puede haberse inspirado en algunos extremos en el artículo de Rojas «El limeño criollo y el afrancesado», según se ha visto.

Otro es, en nuestra opinión, el caso de las *Tradiciones peruanas*. En primer lugar, estas se refieren al pasado cercano o remoto, mientras que los artículos de Rojas por el contrario, están siempre referidos a la más palpitante actualidad. En segundo lugar, pero como la diferencia más importante, el nivel literario de las tradiciones palmianas, es infinitamente superior al de los textos de Rojas, en la misma medida en que Palma fue un escritor fuera de serie, creador de un género, y Rojas fue uno de tantos costumbristas hispanoamericanos. Dicho esto sin ánimo de rebajar los méritos de Rojas, hay que precisar también que, sin duda, el manejo ágil de la prosa, la intención satírica, el sentido del humor, el uso de peruanismos y muchos otros rasgos de los textos de Rojas pueden haber sido recogidos, reconvertidos y elevados en su función por Palma. Un fenómeno semejante ocurre con los artículos de Pardo y en un grado mucho mayor con los de Segura, según hemos estudiado en otra parte.<sup>4</sup> Y es que en verdad los artículos de costumbres y las tradiciones tienen parentesco cercano; el único rasgo que los distingue en muchos casos es que los primeros reflejan el mundo social contemporáneo al escritor y las segundas hacen memoria del pretérito.

## 5. Notas Finales

Estimo que uno de los méritos indiscutibles de Ramón Rojas y Cañas consiste en haber reunido en libro una selección de sus artículos. Como hemos señalado, los libros de Felipe Pardo y Manuel A. Segura son todos póstumos; mientras vivieron no quisieron o no pudieron publicar libros, y los de los otros costumbristas son posteriores al de Rojas.

---

<sup>4</sup> CORNEJO POLAR, Jorge. *Estudios de literatura peruana*. Lima: Universidad de Lima, Banco Central de Reserva, 1980, pp. 141-151.

De lo que se deduce que, cronológicamente, *Museo de limeñadas*, de 1853, es el primer libro costumbrista que se publica en el Perú, documento bibliográfico muy valioso de lo que se puede llamar la primera etapa del Costumbrismo peruano. Pero, paradójicamente, en este libro inicial se percibe cómo la extremada juventud del autor conspira contra un mejor logro literario. Su estilo es «un tanto desaliñado» como decía Palma, y sus páginas se ven constantemente afeadas por errores ortográficos y descuidos en la puntuación.

De todos modos creo que a la hora del balance debe destacarse de manera especial la preocupación de Rojas y Cañas por el tema del lenguaje, en el sentido de que dedica varios textos a tratar de peruanismos o del peculiar uso que en el habla de Lima se da a palabras del español regular, según más ampliamente hemos comentado en su lugar. También debe hacerse notar el valor testimonial que tiene el panorama que ofrece de la vida y costumbres de Lima a mediados del siglo XIX, lo animado de sus cuadros y lo representativo a la par que gracioso de sus personajes, aunque a veces no son más que apuntes o bosquejos, como se ha dicho.

Finalmente insistimos en la bisemia del vocablo *limeñadas* tal como lo usa el escritor. *Limeñada* es, en efecto, una costumbre o un hábito propio de la gente de Lima, que por un motivo u otro cree Rojas que debe ser suprimido o corregido. Pero *limeñada* es también una señal de originalidad, un signo de identidad, una bandera de limeñismo y peruanidad. Y en este sentido, *Museo de limeñadas* se inscribe, como la mayoría de obras costumbristas, en el proceso de formación de nuestra nacionalidad.

## Bibliografía

- CORNEJO POLAR, Jorge  
1980 *Estudios de literatura peruana*. Lima: Universidad de Lima, Banco Central de Reserva.
- HILDEBRANDT, Martha  
1969 *Peruanismos*. Lima: Moncloa-Campodónico.
- HOLGUÍN CALLO, Oswaldo  
1994 *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

MILLA BATRES, Carlos (ed.)

1994 *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú*. Lima: Milla Batres.

MONSIVAIS, Carlos

1980 *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: Era.

PALMA, Ricardo

1948 *La bohemia de mi tiempo*. Lima: Hora del Hombre.

PARDO Y ALIAGA, Felipe

1869 *Poesías y escritos en prosa*. París: Imprenta de los Caminos de Hierro, A. Chaix.

PAZ SOLDÁN Y UNANUE, Pedro (Juan de Arona)

1938 *Diccionario de peruanismos*. París: Desclée de Brouwer (Biblioteca de Cultura Peruana dirigida por Ventura García Calderón).

ROMERO DE VALLE, Emilia

1966 *Diccionario manual de literatura peruana y materias afines*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

SEGURA, Manuel Ascencio

1885 *Artículos, poesías y comedias*. Ed. Carlos PRINCE. Lima.

ROJAS Y CAÑAS, Ramón

1853 *Museo de limeñadas. Colección de artículos de costumbres*. Lima: Imprenta de Justo Montoya.

TANNER, Roy

2000 «*Museo de limeñadas: libro de costumbres y prefiguración de las Tradiciones peruanas*». *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma*, año 1 n.º 1.

WATSON ESPENER, Maida Isabel

1980 *El cuadro de costumbres en el Perú décimonónico*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.